

Abril de 1996

Número 0

KABUYA**Crítica Antropológica****¡HASTA CUANDO MOCKUS EN LA UNIVERSIDAD!**

“Mockus reconoció fracaso del programa de la calle 80” nos cuenta el diario El Tiempo el 19 de marzo. Por esta causa, se sancionó con la suspensión al coordinador.

Este programa, que pretendía transformar la 80 en una vía modelo mediante una parte del plan de “cultura ciudadana”, desperdició 369 millones de pesos en una serie de acciones ineficaces, entre ellas sondeos de opinión y asesorías.

Recordemos que el año pasado “fue una fiesta” de la antropología urbana entre nosotros. Se abrió un postgrado en esta área, paternal e indirectamente apadrinado por la Universidad de Pittsburg, y se participó en el programa de la 80.

Para éste, un profesor del Departamento recibió licencia de medio tiempo; en su oficina se coordinaban algunas actividades y a ella concurrían para entregar materiales y consultar sobre su trabajo diversas personas; los estudiantes de la asignatura Taller de Técnicas Etnográficas y algunos otros de la carrera, realizaron prácticas remuneradas en este programa,

plenos de felicidad. En verdad, “era una fiesta”.



¿Tendrán que ver en el “fracaso de la 80” el Departamento y la Carrera de Antropología? ¿Tendrá algo que explicar y reconocer su director? ¿Quizás todo se organizó de tal manera que “ocurriera a sus espaldas”?

A la hora de recoger la cosecha, es bueno mencionar que este es uno de los frutos del cambio de énfasis de la carrera de antropología hacia lo urbano, -supuestamente en vista de lo “problemáticos” que se han vuelto los indígenas con los etnógrafos y porque aquellos “ya son capaces de hablar por sí mismos”-, cambio que ocurrió el año pasado y que se mantuvo oculto para los estudiantes y muchos profesores hasta que un grupo de estudiantes, que

precisamente no querían que las técnicas etnográficas se siguieran centrando en lo urbano, se entrevistó con el Comité Asesor y recibió esa respuesta.

Transformación que sólo refleja la incapacidad de la antropología, tradicionalmente al servicio de los explotadores y dominadores de los indios, para responder a las nuevas exigencias que provienen de las actuales condiciones de la vida indígena, de sus movimientos y sus organizaciones, tal como se han venido dando desde comienzos de los 70.

Pero también de aquella faceta de la privatización y de la nueva orientación de la Universidad, la de las consultorias y los planes de ciencia aplicada, que fingen servir a la comunidad y buscar solución a sus problemas mediante el trabajo con las entidades oficiales y con el gobierno. Así se quiere

aparentar que se coloca la antropología al servicio del pueblo, cuando en realidad se la une al carro de sus opresores y se la pone al servicio de los planes del gobierno de turno, en especial las alcaldías, como lo viene haciendo también la “arqueología de rescate”.

Valdría la pena, además, iniciar una reflexión sobre la concepción que sustenta todo el programa de Mockus y que plantea que la solución de los problemas que afronta la ciudad está en la educación para la creación de una “cultura ciudadana”, sin tener en cuenta las relaciones que la educación y la cultura tienen con los intereses de las clases en pugna, ni la participación de los antropólogos, con sus teorías acerca de la cultura, en el sustento de esta revaluada teoría que oculta la real causalidad de los problemas, sobre todo si tenemos en cuenta que la ciudad moderna está indisolublemente ligada con el capitalismo y lo refleja.

RESULTA QUE DUELE PERO SE APRENDE

No estoy en el plan de “delatar victimarios” o “acusar verdugos”. Es simple. El dolor existe. Existe en las llagas, las ampollas, los callos..., en las heridas. Y la multitud de heridas que andan clavadas por ahí en un miserable nervio, en una mano, en los pies o en las alas, duelen de cuando en vez. O pican, o arden, que para el caso es lo mismo.

Generalmente uno piensa en otra cosa, aunque sea por un instante, y ese dolor se alivia. Sí, hay alienantes, hay analgésicos mentales. Pero así como estos

existen, también los detonadores cumplen su papel. Puede ser una epidemia de hipersensibilidad pero, ¿quién no ha sufrido conociendo, afrontando la “real” realidad?

La decepción y la ruptura de esquemas son los detonadores de dolor más grandes que se pueden encontrar en la academia. En los dos se aprende pero en los dos se sufre.

En este lugar es muy común la decepción, sobretodo en los primeros semestres. Seres

“especiales” (o mejor, especialistas) son los encargados de recortar sueños, de apabullar luchas, de callar gritos. Seres que cabalgan sobre un repugnante monstruo llamado burocracia, y que van riéndose de todo el que dé papaya; de todo ingenuo, de todo guerrero. Pero esto también es un proceso de conocimiento y de allí se pueden aprender cosas bien útiles: no confiar, no atenerse, seguir peleando y luchando por lo que uno se proponga. Y, aunque suene a discurso de cajón, así lo es. No hay que huirle al monstruo, hay que enfrentarlo.

Y la ruptura de esquemas... bueno, aquí se da todos los días, aunque en ésta hay tres clases de seres: los mismos de la decepción, sus escoltas y los honestos. De los primeros, ya hablamos. De los segundos, no hay mucho que decir aparte que son academicistas de pura cepa, odian romper tradicionalismos pedagógicos, son bien postizos y si uno les pregunta, en una semana como la de la “Asamblea Permanente” de los trabajadores, por qué no hicieron clase, le responden, con un aire muy solemne, que estaban “apoyando el paro”. Pero lo más

seguro es que lo estuvieran haciendo desde su casa, tomando tinto y durmiendo hasta mediodía. Los honestos no son sólo eso, honestos. Ellos trascienden de allí. Son honestos hasta el sadismo. Meten el dedo en la llaga y escarban, buscan respuestas a preguntas que nos hacen formular. A bofetadas y a latigazos nos hacen ver el aterrador panorama de lo que nos espera y en lo que estamos inmersos. No se cansan de cuestionarnos. Cosa más dolorosa no hay. Ellos sí que odian la academia convencional y pelean por y con nosotros, pero lo disimulan. Se hacen los fuertes, no lloran frente a cualquiera y se carcomen internamente al no ver resultados de sus arduas luchas. Pero son humanos y como muestra de ello están sus contradicciones, sus errores, su figura antitética interna, su dolor oculto. De ellos, aunque son pocos y le den a uno garrote, se aprende más que de cualquier gurú. De ellos se aprende a vivir.

¡Qué doloroso y terrible es aprender así, a los golpes! pero precisamente eso es lo que nos hace falta: reivindicar la dificultad.

CONFLICTO ENTRE MAR Y ARENA

La Guajira ha sido el territorio que los indígenas Wayúu han habitado desde hace miles de años, cuando llegaron allí procedentes de la selva amazónica. Desde entonces el desierto se ha convertido en el medio que les ha permitido vivir, gracias al conocimiento que han adquirido de él y a su capacidad para adaptarse a las nuevas

condiciones que generaron en este entorno los “alijunas” (término con el que denominan a quienes no son wayúu) a su llegada.

Entre dunas, mar, bosques y a veces lluvias transcurre la vida Wayuu. Una vida que está marcada por la muerte, ya

que es ella quien determina, en gran medida, el territorio y entorno a la cual se han establecido las leyes que marcan sus relaciones.

Allí donde están enterrados sus muertos es donde cada persona tiene su lugar y, en caso de que una familia tenga que



abandonar su territorio, debe llevar consigo a sus muertos, situación que sólo es generada por la desgracia. De otro lado, todo aquello que atente contra la vida de una persona, moral o físicamente, debe ser indemnizado a la familia del ofendido. Se trata de que con la mediación del palabrero se llegue a un acuerdo entre ambas familias (la del ofensor y la del ofendido), de modo tal que la compensación material por la ofensa evite que se llegue a devolver violentamente el agravio recibido.

La forma Wayuu de manejo de los conflictos que se presentan al interior de su comunidad es la que se ha tratado de aplicar, infructuosamente, a sus relaciones con los “alijunas”. Estos, en su afán por explotar las riquezas que ofrece esta zona del país: carbón, pescados, puertos marítimos para el contrabando, han generado diversos conflictos que se han querido solucionar o mitigar “a la colombiana”, desconociendo el peso que

esas múltiples agresiones tienen sobre la comunidad Wayúu e ignorando la validez que sus leyes tienen en la solución de dichos conflictos, ya que son ellos los únicos afectados.

Un caso reciente, el de “los muelles artesanales en Bahía Portete”, permite observar la forma en que continuamente, y desde hace muchos años, se enfrentan la ley indígena y la ley colombiana o de los “alijunas”, y la forma en que la última ha calado al interior de la misma comunidad, punto en el cual son los intereses económicos y políticos los que intentan primar sobre el bienestar de la comunidad en su totalidad. Hace 25 años Silverio Epinayú permitió que José María Barros y Marcós Ibarra, personas extrañas a su tierra, construyeran en Portete un muelle artesanal para la entrada de contrabando al país. Ahora esas personas piden les sean otorgadas las licencias portuarias alegando que, aunque sus cementerios están en otras regiones, fueron ellos quienes abrieron los muelles. Los miembros del clan Epinayú y sus descendientes, que tienen sus cementerios en esta región y viven cerca a los muelles, se oponen a que dichas licencias sean otorgadas a esas personas ya que implicaría que extraños se apropien de sus tierras.

El alcalde de Uribia considera que la legalización de estos puertos traería beneficios económicos en pro del desarrollo de la región, afirma que “mientras más se demore el proceso, más se demoran los recursos”. Tal vez se llegue a uno de esos acuerdos en los cuales, y sin caer en exageraciones, será la comunidad la que resulte engañada y en último término perjudicada, mientras unos pocos se enriquecen y se “apropian del poder”, que es lo que realmente está en juego.

EPIDEMIAS ENTRE LOS GUAMBIANOS

El fin de semana del 17 al 19 de febrero murieron 7 guambianos y más de 100 se vieron afectados por una epidemia que las autoridades de salud del Cauca diagnosticaron como tifo.



Sin embargo, no hubo acuerdo sobre la causa. Se dijo que las aguas, pese a que se presentó en veredas muy distantes entre sí y que emplean fuentes de agua diferentes.

También que los alimentos, aunque se preparan en los distintos sitios y con productos que cada familia produce o compra en diferentes lugares y no hay una fuente común de ellos. No se exploró la posibilidad de que la causa estuviera en las comidas que el Plan Mundial de Alimentos distribuye gratuitamente en todo el

Resguardo y que, en ocasiones, se regalan a los países del Tercer Mundo cuando las autoridades sanitarias de los países capitalistas prohíben su consumo en ellos, por el peligro de afectar a la población humana o animal por estar contaminadas o dañadas.

En todo caso, el personal de salud del Cauca, dirigentes del CRIC y la prensa tuvieron buen cuidado en expresar que se trataba de un “extraño mal que está superando las medicinas tradicionales de los guambianos”, que el trabajo de atención se ha complicado “porque los indígenas se aferran a sus tradicionales medicinas” y que la enfermedad se extendió sin control porque los indígenas “acuden en primera instancia a los curanderos... que resultan inadecuados en situaciones extremas” (Marcos Avirama, CRIC).

De esta manera, avanzaron un paso más en su propósito de desprestigiar las formas tradicionales de curación y a sus practicantes, los merøpik.

Quince días más tarde, el turno fue para los paeces del resguardo de

Jambaló. Nueve de ellos murieron víctimas del cólera y varias decenas más se vieron contagiados.

Nuevamente, los te'wala, sus sabios propios, fueron acusados de propiciar la expansión de la enfermedad a causa de la confianza que su gente tiene en sus prácticas

de salud, por lo cual recurre a buscar su trabajo.

Todo esto no es otra cosa que un resultado de la situación general de pobreza en que viven los indígenas del Cauca, a causa de la explotación generalizada a la que se los somete.

RIOSUCIO SE AHOGA EN EL OLVIDO

Treinta y seis mil afectados. Apenas ochocientos mercados disponibles para este número de personas. Insuficiente ayuda estatal...

Esta es la situación que viven los habitantes de Ríosucio, población chocoana, ahogada en el olvido y las aguas del río Atrato desde noviembre del año pasado.

Los pocos médicos de la región no tienen los medios necesarios para llegar a las comunidades afectadas, entre las cuales se encuentran las comunidades indígenas, ubicadas a orillas de los ríos Atrato, Truandó y Salaquí.

Según Víctor Carpio, dirigente indígena del bajo Atrato, durante la ola invernal las crecientes arrastran palos que represan los ríos, dificultando el paso de canoas que

transportan víveres y productos agrícolas a esta comunidad.

Las comunidades más afectadas están ubicadas en Marcial y Jagua, a orillas del río Salaquí. Además la sede del Cabildo Mayor de la Zona del Bajo Atrato, Camizba (Ríosucio), también fue afectada. Dos mil ochocientos indígenas embera, waunana y katío esperan la ayuda del gobierno.

Resulta paradójico que, mientras se vive esta situación de emergencia, la desesperación también dé paso a la alegría que se manifiesta en la utilización de equipos de sonido con música a todo volumen en las calles (o lo que queda de ellas), como si ello aplacara un poco el abandono y el olvido que solo ellos pueden soportar. En realidad, que ellos deben soportar.

EN ESTE NÚMERO DE **KABUYA** PARTICIPARON

MARÍA ANGÉLICA OSPINA M.

ANDRÉS RÍOS M.

LUIS GUILLERMO VASCO U.